





Comenzar el camino: 70 aniversario del Museo Nacional de Historia en el Castillo de Chapultepec

Salvador Rueda Smithers*

CIRCUNSTANCIAS Y CONTEXTOS

Terminaba el difícil año de 1938. La importancia de los sucesos que enmarcó y el paso del tiempo lo volverían memorable. Sería el año del florecimiento cardenista y el llamado “terridor de la Revolución”, cuando la confrontación abierta entre facciones políticas dio paso a la relativa civilidad, con sus particulares pasiones y violencias. Con todo, los disturbios aislados y el fracasado levantamiento del cacique potosino Saturnino Cedillo no ensombrecieron el logro político más resonante en la conciencia ciudadana: el de la expropiación petrolera.

Aquel año llegaba a su fin, pero no los motivos que lo animaron. El novedoso ritual político exigió al presidente Lázaro Cárdenas dirigirse a la nación la tarde del 31 de diciembre para sacudirse la impronta de la improvisación y la sorpresa. A partir de entonces todas las acciones del gobierno federal debían anunciarse, prefigurarse. Improvisar sería sólo obligación de la casuística, motivada por los impulsos del momento, por la urgencia de decisión en última instancia. Nunca más la actitud personalista del caudillo, herencia del absolutismo como ejercicio del poder, sino las acciones de un ejecutivo afianzado en sus instituciones.

Las tareas planeadas para el futuro inmediato por el gobierno se informarían de cara a la sociedad. Esta vez el rito exigía una doble mirada: hacia el pasado, que era lo mismo, plataforma y base o meta a superar, y hacia el futuro, horizonte a donde se pretendía escribir la historia. En ambos casos el conocimiento de la realidad presente y la fijación de la memoria serían los objetos de organización, de ordenamiento.

Fijar la memoria y proyectar el presente hacia el porvenir. Se entendía que sin memoria no hay identidad; sin identidad, las sociedades serían sólo la cifra de sus componentes, no la asociación de sus hombres y mujeres. Uno de los artificios de la memoria se desdobló en esa “curiosa cosa”: el museo.

En su mensaje de fin de año al pueblo de México, la noche del 31 de diciembre de 1938, el presidente Lázaro Cárdenas informó acerca de los programas económicos que su gobierno asumiría como prioritarios para el siguiente año. Cárdenas buscó ajustar cuentas con la historia: sus proyectos se proponían cerrar capítulos de injusticia social. Primero por la radio y después mediante la prensa escrita, el gobierno, animado por los ideales revolucionarios, expuso de manera contundente su idea

Alcázar del Castillo de Chapultepec, 2010 **Fotografía** © Gliserio Castañeda, CNME-INAH



Fernando Gamboa (primer plano) y Manuel Ávila Camacho (detrás) en la inauguración del MNH (27 de septiembre de 1944) **Fotografía** © Casasola, FN, Sinafo-INAH, Conaculta, México, inv. 56743

de nación. Con las brechas de la desigualdad cerradas en lo posible —por medio de la reforma agraria, la extensión de los ferrocarriles y la expropiación petrolera, sobre todo—, propiciaría la continuidad de los proyectos iniciados en 1917 como prueba de su eficacia. De este modo la obligación central de los gobiernos revolucionarios se enfocó en la creación de instituciones organizadas de manera jurídica y material.

No cabía duda de la intención final: la construcción de un Estado fuerte y eficiente; Cárdenas ensayaba la estrategia de modernización estatal que animaría la vida política más allá del siglo xx. Esa noche el presidente dio a conocer los procedimientos de las políticas públicas en torno a la educación, instrumento obligado del desarrollo social y preocupación constante de los gobiernos posrevolucionarios.

El 1° de enero de 1939 *Excelsior* publicó el discurso. En un apartado sin encabezado, pero ligado a la importancia de la educación superior, se dijo: “Se creó el Instituto Nacional de Antropología e Historia, con el objeto de prestar mayor atención al estudio científico de las razas indígenas y a las exploraciones, conservación y restauración de los monumentos arqueológicos existentes en el país”. Aunque no se aludía en forma explícita el propósito de estudiar el pasado reciente de

México, en el decreto del 3 de febrero de 1939 se mencionó la fundación del Museo Nacional de Historia en una sede emblemática para la memoria mexicana: el Castillo de Chapultepec.

Cárdenas cubría el horizonte de las políticas públicas sin apelación. Una de las líneas anunciadas estaría dedicada a proteger una riqueza tan reconocida en el mundo como la petrolera: la cultura nacional; cifra de pasado y presente de una cartografía que era la suma de sus distintas regiones culturales y naturales. El decreto, simple y contundente, apuntaba tanto a la importancia de conservar las herencias como a conocer —y atender sin más retraso— el presente.

La tarea recayó en antropólogos, arqueólogos e historiadores. A partir de una instrucción de apenas unos renglones se fundó el INAH, organismo responsable de proteger el enorme patrimonio arqueológico e histórico del país y de estudiar la realidad indígena en su extendida geografía. No como curiosidad de intelectuales y eruditos, sino como tarea republicana.

El proyecto fundacional fue aprobado por el Poder Legislativo una semana antes, el 22 de diciembre de 1938; en su respectivo decreto se asentó la creación del Museo de Historia en el Alcázar del Castillo de Chapultepec, entonces residencia oficial de los presidentes de la República. El hecho fue



Inauguración del Museo Nacional de Historia **Fotografía** © Fototeca Constantino Reyes Valerio, INAH, Conaculta, México, reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia

capital: las herencias del pasado y la investigación, el conocimiento de las realidades pasadas y presentes eran el camino que dibujaba el rostro de la identidad y la memoria mexicana. Proteger, conocer y difundir el patrimonio cultural heredado se desdobló en razón de Estado.

Las semanas siguientes fueron agitadas para el gobierno federal; era el quinto año del primer ejercicio sexenal. Desfilaron, en interminable cascada, los sucesos del orbe y los domésticos. Se atendió la enfermedad, muerte y exequias del papa Pío XI, las atemorizantes noticias del avance fascista en Europa, que con el veneno del nacionalismo excluyente anunciaban ya sin equivocación la Segunda Guerra Mundial.

Además circulaban las devastadoras noticias sobre el desenlace de la Guerra Civil española, la inopinada expansión militarista japonesa sobre territorio chino, las no muy sordas presiones de las poderosas compañías petroleras que alegaban el despojo sobre el petróleo nacionalizado en 1938 y el levantamiento contemporáneo –ya excéntrico– del cacique rural y general Saturnino Cedillo, en San Luis Potosí.

Al comenzar 1939 nadie parecía acordarse de esto. Pero la opinión pública, cargada siempre de actualidad, atisbaba sólo en la nota del día, la misma que privilegiaba el posicionamiento

de los grupos políticos de campesinos, obreros, burócratas y militares en la ciudad de México en torno a posibles candidatos para el relevo presidencial de 1940: Manuel Ávila Camacho, Francisco J. Múgica y, de modo marginal, Juan Andrew Almazán, Gildardo Magaña y Joaquín Amaro.

También exigía atención la expropiación en la región cañera de El Mante, en Tamaulipas. De manera lateral destacó el festejo del recibimiento del presidente cubano Fulgencio Batista, que almorzó con el presidente Cárdenas en el Castillo de Chapultepec. Hubo, entre todos estos acontecimientos, uno apenas notado: un pequeño grupo de trabajadores del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología que, inconformes y sorprendidos por el anuncio de creación del INAH, cerraron el establecimiento y organizaron una manifestación en la Secretaría de Educación Pública.

No fueron muy lejos por la respuesta oficial. El secretario Gonzalo Vázquez Vela fue concluyente: los asuntos del ámbito de la cultura correspondían directamente a sus atribuciones y éstos eran parte indisoluble de la estrategia educativa nacional. A comienzos de febrero se instaló de manera oficial el INAH en su sede de la calle Moneda y comenzaron los trabajos de traspaso de propiedad y uso del Alcázar de Cha-

HÉCTOR MANUEL PAZ Y HERNÁNDEZ, CUSTODIO

El tipo de público que asiste al Museo Nacional de Historia es generalmente la clase media popular –así como nosotros–. De la clase alta podríamos decir que venían pocos; solamente cuando había eventos o eran invitados de honor, cuando había algún concierto o reunión. Los que más visitaban el museo eran los provincianos, principalmente en las fiestas de la Guadalupeana [...] Por ejemplo, de Chihuahua y de Tamaulipas llegaban muchos grupos escolares y maestros, grandes grupos que se venían de vacaciones a visitar todo lo que más podían visitar, pero no se perdían del museo; usted sabe que es conocido mundialmente [...] De Estados Unidos, de América del Sur y Centroamérica constantemente teníamos muchas visitas de guatemaltecos y peruanos. En las Olimpiadas del '68, ¡uh!, se dejaron venir muchos argentinos, brasileños y de muchos países de Centroamérica. Vinieron a ver los Juegos del '68 y entonces aquí acudieron muchos grupos: tanto de los que jugaban como de los que vinieron a ver los juegos.

Éste y los siguientes destacados se tomaron de Carlos Vázquez Olvera, “Aspectos del trabajo en el Museo Nacional de Historia. Testimonio de cinco especialistas”, entrevistas realizadas en el marco del 50 aniversario del Museo Nacional de Historia, cuaderno de trabajo, 1994.

pultepec a su nuevo destino, todavía a cargo del área de residencias presidenciales.

En Palacio Nacional se registrarían cambios importantes en aquellos días; algunos hoy nos parecen sorprendentes. Por ejemplo, comenzó el trabajo de separación de las colecciones de antropología y arqueología de las históricas, a fin de liberar los espacios que ocuparía el museo de arqueología y transportar los objetos históricos al Castillo de Chapultepec.

La fundación del INAH fue un acontecimiento que pasó casi inadvertido por los medios, si bien no se trató de un movimiento político descuidado del gobierno cardenista, pues se ligó con coherencia a la formulación de un nuevo profesionista, funcional para cubrir las necesidades del Estado protector del patrimonio y conocedor de sus múltiples realidades. Así, en febrero de 1939 se anunció que la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas incluiría en su programa la carrera de antropólogo:

Nuevo tipo de técnico en nuestro medio, que se enfrenta con los problemas de su especialidad como el conocimiento de la composición humana de nuestra población indígena; el estudio de las condiciones económicas de las culturas precolombinas y las transformaciones que están operándose con el nuevo régimen social del país [...] El momento social que vive el mundo ha colocado al antropólogo en situación que sustituye con ventajas al sociólogo frente a los problemas colectivos, no sólo por su preparación económica, social, histórica, etc., sino muy principalmente por sus conocimientos biológicos.

Los cursos que la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas abrió como propias de la antropología eran geología y paleontología, geografía para antropólogos, anatomía descriptiva, antropología física, arqueología prehistórica y protohistórica, etnografía, historia de la cultura, arqueología de México, náhuatl, otomí, lingüística general, francés, inglés y alemán, así como dibujo técnico para antropólogos. Las cuatro carreras especializadas eran arqueología, antropología física y antropología social o etnografía, y lingüística.

RAÍCES

De manera paralela se imaginó un ambicioso proyecto dirigido a la custodia de la memoria. Proyecto coherente con su genealogía primigenia, establecía filiaciones que se alargaban hasta el siglo XVIII, entre el Museo Indiano de Lorenzo Boturini, ligado y perdido al mediodía del Siglo de las Luces, con la propuesta de Francisco Xavier Clavijero, que en su *Historia antigua de México* dejó ver la necesidad de un museo para

[...] conservar los restos de la antigüedad de nuestra patria, formando en el mismo magnífico edificio de la Universidad un no menos vital que curioso museo en donde se recojan las estatuas antiguas que se conservan o las que se descubran en las excavaciones, las armas, las obras de mosaico y otras antiguallas de esta naturaleza, las pinturas mexicanas de toda clase que andan esparcidas por varias partes y sobre todo, los manuscritos, así como los de los misioneros y otros antiguos españoles como los de los mismos indios.

La liga seguía la ruta hacia la declaración de Lucas Alamán en 1822, acerca de que sería

[...] muy de desear que reuniendo todos los restos de la antigüedad mexicana, se formase un museo, en que podrían también reunirse todas las producciones naturales de la república; pero ésta debe ser obra del tiempo y de un esmero continuado, con el auxilio de fondos de que ahora no se puede disponer en suficiente cantidad. Algunos pasos sin embargo pueden darse desde ahora, y el gobierno se propone no perdonar medio para reunir cuanto sea posible de estos monumentos respetables.

Se trataba, entonces, de la suma de historia y geografía, de memoria y naturaleza –a la manera del influyente Humboldt– que daba rostro a una república que se abría al mundo. De esta manera, el 31 de diciembre de 1938 se inscribió a otra fecha nodal en la historia de largo aliento del proyecto de país: el 18 de marzo de 1825, cuando por decreto del



Museo Nacional de Historia, 2010 **Fotografía** © Gíserio Castañeda, CNME-INAH

primer presidente de México, Guadalupe Victoria, se creó el Museo Nacional.

Miguel Ángel Fernández, en su *Historia de los museos de México* (1988: 120), anota que el acuerdo presidencial con el rector de la Universidad estipulaba que “con las antigüedades que se han traído desde la Isla de Sacrificios y otros que existen en esta capital, se forme un Museo Nacional y que a este fin se destine uno de los salones de la Universidad, erogándose por cuenta del gobierno supremo los gastos necesarios”.

La historia jugaría, desde muy pronto, un papel protagónico en la construcción de lo que se llamó “conciencia

patria”. Aunque comenzaba su vida política, México cargaba ya el “virus de la historia” –para robarle la frase a George Steiner–. De la selección de notas, informes, memorias y objetos heredados del pasado, de la valoración o desprecio de sus sistemas pretéritos, se estructuraría la estrategia narrativa de la historia nacional, su historiografía.

Varios fueron los caminos de este ejercicio; uno de ellos el de las instituciones dedicadas a mantener la memoria de las cosas, los museos, que desde mediados de 1820 dieron amplitud a su novedad como nación: ésta se inscribía en la geografía mundial como país nuevo, pero con miles de años de pasado. Era el punto de partida de la construcción de su identidad.

ROSALINO MARTÍNEZ CHIÑAS, INVESTIGADOR

La acción de los investigadores del museo está más en relación con los objetos que con las teorías, porque las piezas son la materia prima de los museos: sin piezas ni colecciones sencillamente no habría museos, sería otro centro de investigación que haría libros, revistas especializadas, conferencias. Yo considero que tanto la exposición como el desenvolvimiento de los investigadores tienen que darse en función de las colecciones; esto lógicamente no sería su único campo, pues la historia de México es muy amplia, tiene muchos aspectos y cada uno de ellos merece un tiempo específico. El investigador de museos tiene que dedicar más tiempo al estudio de las piezas; ubicarlas lógicamente, históricamente, cronológicamente; contextualizarlas mejor para que nos den ese mensaje en las exposiciones temporales o en las permanentes: que se abra ese abanico de posibilidades que ofrecen las piezas. Es decir, nos da la posibilidad de emitir el mensaje.



Juan O'Gorman pintando el mural de la Independencia en el Museo Nacional de Historia de Chapultepec, 1961 **Fotografía** © Casasola, FN, Sinafo-MAH, Conaculta, México, inv. 173502

EN EL SIGLO DE LA REVOLUCIÓN

El decreto cardenista tenía ya una base. El primer paso moderno fue de Venustiano Carranza; se trata de la iniciativa para establecer, en 1916, en la planta baja del castillo, el museo del imperio de Maximiliano, sin que se llevara a la práctica. Otras acciones se sumaron con mejor fortuna; el historiador del museo, Luis Castillo Ledón, informó en la década de 1920 de un largo desfile de transformaciones del recinto, por los azares de la Revolución:

[El museo] perdió sus cátedras, que pasaron a la Escuela de Altos Estudios; la Inspección de Monumentos Arqueológicos, que

volvió a independizarse, para luego ser incorporada a la Secretaría de Fomento; la de Monumentos Artísticos y sus talleres de imprenta, fotograbado, fotografía y encuadernación, que fueron suprimidos, habiéndose logrado restablecerlos después, excepto el de fotograbado. En cambio, lejos de sufrir deterioro o merma en sus objetos, ha aumentado considerablemente el acervo de su exhibición, con las reliquias históricas y la colección de armas que formaban el llamado Museo de Artillería, de la Ciudadela, y que ingresaron en junio de 1916; con la adquisición, por compra, en marzo de 1917, de la Colección Alcázar, compuesta de más de diez mil objetos etnográficos de la época colonial y de la moderna, y con multitud de piezas, com-

MARÍA ANTONIETA CANTÚ, MUSEÓGRAFA

Pienso que la tarea del museógrafo consiste en transmitir los contenidos de un guión científico; materializar estas ideas a través del lenguaje museográfico para que el público visitante se lleve la intención planteada en el tema. El lenguaje del museógrafo es visual, plástico, porque cae dentro de los aspectos creativos; es un lenguaje que siento que todavía no es bien comprendido por el público, porque es muy simbólico [...] La intención del museógrafo es transmitir el mensaje a través de los objetos, disponiéndolos dentro de una circulación lógica que permita al espectador no perderse en el tema; tener las distancias adecuadas, los espacios necesarios para disfrutar de las obras, porque no es lo mismo ver una vitrina con monedas que ver un mural. Los espacios los tiene que crear el museógrafo, de tal manera que pueda disfrutarse la exhibición, y que el visitante no salga descontento por no haber podido ver cómodamente todo lo que se muestra ahí.

pradas unas, a distintos vendedores, recogidas otras a algunos templos que se clausuraron, como San Diego, de Tacubaya, La Encarnación, Santa Teresa y San Hipólito y otras confiscadas en las Aduanas [...] Sin que hayan faltado donaciones. Entre esos ingresos, son dignos de mención treinta y dos códices pertenecientes a la célebre Colección Boturini, trasladados de la Biblioteca Nacional; el resto de la vajilla de plata de Maximiliano, que se guardaba en el comedor de Palacio; la mascarilla auténtica del mismo infortunado archiduque, y el piano de la archiduquesa Carlota (*ibidem*: 181).

En 1925 el presidente Calles negó de nueva cuenta el establecimiento del Museo del Imperio en el Alcázar de Chapultepec. Aunque el sitio estaba acondicionado, no se abrió al público. El historiador José de Jesús Núñez y Domínguez, que dos años después del decreto cardenista fue director del Departamento de Historia del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, explicó los criterios que daban valor histórico patrimonial y, de manera implícita, como vehículos de discurso historiográfico. Apuntó la posibilidad de que pertenecieran a algún prócer o que formaran parte de los conventos coloniales, de la residencia de Maximiliano y Carlota o de Porfirio Díaz y su círculo. Todos ellos se resguardaban en cinco salas de exhibición y en los depósitos del edificio de Moneda.

Antigüedad, valor estético y valor patriótico –y su contenido cívico y moral– fueron los elementos contemplados en la selección de objetos que se consideraban patrimonio nacional. Vale la pena destacar que en el reglamento del antiguo museo, elaborado por Luis Castillo Ledón y vigente en la formación del novedoso Museo Nacional de Historia, prevaleció el criterio del historiador, pues indicaba que no debían mostrarse, por el peligro político inherente, eventos aún vivos, y por tanto los objetos que rodeaban esa vitalidad quedaban por entonces descartados. Sin duda se trataba de la saludable distancia que esperaría a la ronda de las generaciones.

PROLEGÓMENOS

Hacia finales del gobierno cardenista, alrededor de 15 mil objetos armaban la colección histórica básica del futuro mu-

seo, protegidos, escribió Núñez y Domínguez, “por su naturaleza especial, por su delicadeza de factura y los más por su vetustez”. Buena parte de esos objetos se exhiben hoy en las salas del castillo –tanto las dedicadas a la historia nacional como las que refieren la biografía misma del edificio en el museo de sitio del Alcázar.

Sin embargo, nuestra historia cultural les agrega un valor más: el de ser testimonios de un gusto, un uso particular, delimitado de modo cronológico: los objetos se “leen” en historia singular y, al aceptar que la museografía es una forma de comunicación ordenada, cifran un discurso historiográfico que ejemplifica procesos y acontecimientos del devenir nacional. Son testigos y encrucijadas de la historia, organizados en el museo entendido como abreviatura de la realidad.

De esta manera, en 1938 el Alcázar del Castillo se anexó al Museo Nacional como “mansión histórica”. Un par de años después, antes del relevo presidencial, con la labor de convencimiento de Alfonso Caso, Luis Castillo Ledón y José de Jesús Núñez y Domínguez sobre la importancia educativa y cultural del proyecto, y la insuficiencia de espacio del Alcázar para contener las colecciones y explicar el devenir histórico, el presidente Cárdenas decretó la apertura del Castillo de Chapultepec al pueblo de México como sede de la memoria, espacio que a partir de ese momento se destinó por completo al Museo Nacional de Historia.

El Alcázar, sin embargo, no perdió la vocación que inició en tiempos del presidente Manuel González: la del museo de sitio. El propósito del nuevo y espacioso museo, explicó su primer director, Núñez y Domínguez, fue “mostrar a los contemporáneos y a los postreros un escenario de profundas reminiscencias por el paso en él de personajes hondamente burilados en el bronce de la Historia”.

El reto arquitectónico fue descrito en términos que hoy todavía nos son familiares: un edificio que en sí mismo contenía un ambiente histórico, “respetado el interés arqueológico monumental y sin alterar ninguna de las proporciones arquitectónicas primitivas, se ha adaptado la disposición interior a las corrientes de lo moderno que exigen sobriedad, claridad, espacio y dignidad”.

El día de su inauguración formal, el 27 de septiembre de 1944, Núñez y Domínguez detalló la estatura de la esperanza: el sentido del museo estatal adquiriría el tono que le trazarían su perfil los siguientes 70 años. Eran viejas palabras cargadas de significado didáctico: el conocimiento y difusión del pasado como camino de la identidad nacional. El historiador explicó en su discurso inaugural:

Hemos pretendido destruir con nuestra instalación el antañón concepto de que los museos son *cementerios de la Historia*. Aplicando los métodos de la museografía contemporánea y marchando al ritmo en que vivimos, hemos tratado de *conservar el pasado, pero participando en todas las formas de la actividad moderna*, por lo que se ha procurado despojar a los salones de exhibición de su frialdad desolada, de *soledad encerrada, que decía [Paul] Valéry, de templo, de salón, de cementerio y de escuela*, dándole el aspecto atrayente, vivo, animado, que contraría la máxima del poeta francés que exponía también que no le gustaban los museos porque tienen *mucho de admirables y poco de deliciosos* [...] Habrá de buscarse la raigambre de nuestra personalidad histórica y la iniciación de los fenómenos que anteceden a la integración de México como pueblo moderno; en tanto que aquí, se asistirá visualmente al desarrollo de nuestro ser nacional a partir de 1521 hasta nuestros días.

El viernes 29 de septiembre de 1944 *Excelsior* ofreció, dos días antes, un inaudito –por lo extraordinario del suceso– editorial acerca del nacimiento del Museo Nacional de Historia. Vale la pena reproducir algunos párrafos:

No es muy común en nuestro medio que se dé importancia a un museo. Los revolucionarios creen ingenuamente que son algo así como inútiles panteones de cosas viejas; que la Revolución



Escaleras de acceso principal al Museo Nacional de Historia, 2010 **Fotografía** © Gliserio Castañeda, CNME-INAH

debe mirar hacia delante, como si algo en este mundo pudiese apoyarse en el vacío y en la nada.

Teniendo en cuenta estas realidades de nuestro medio político, resulta un triunfo de la razón y de la cultura –que ha sido posible merced al espíritu civilizado del presidente Ávila Camacho y de su secretario de Educación Pública– que se haya inaugurado un nuevo local para el Museo de Historia, con todas las exigencias que pide la técnica moderna en ese capítulo. Enhorabuena [...]

La Patria no es los hombres efímeros que habitamos ahora en su territorio. Es eso y mucho más que eso. Su realidad es la síntesis magnífica de los muertos: del pasado, del



presente y del futuro; es la amalgama del hombre con el medio físico; es el acervo de hechos históricos, buenos y malos, desgraciados o felices; es el conjunto de nuestras artes, costumbres y canciones.

CONTINUIDAD INSTITUCIONAL

Imaginemos por un instante la distribución del museo el día de su inauguración. Ofrecía en la planta baja los siguientes temas: conquista, misioneros, armas coloniales, virreinato, guerra de Independencia, imperio de Iturbide, la República, intervención estadounidense, la Reforma y el Segundo Imperio, época porfiriana, la

Revolución, heráldica colonial, armas, banderas gloriosas, carruajes históricos y la sala de guardia, donde se rendía “perpetuo homenaje a los héroes de Chapultepec”.

En la planta alta desfilaban el arte religioso, muebles y objetos del siglo XVIII, cerámica mexicana, artes menores de los siglos XVI al XVIII, industrias artísticas, numismática, pintura histórico-popular del siglo XIX, cronistas e historiadores coloniales, joyas, arte chino y japonés, y las exhibiciones temporales. Núñez y Domínguez fue consciente del logro respecto a las cinco salas magramente museográficas, en las que descansaban los objetos históricos con apenas un discurso que los explicaba en la sede de la calle de Moneda. Entonces manifestó:

De este modo se ha logrado –insistimos en ello– fundar una institución que propende básicamente a ser un instrumento de cultura popular y no un depósito de cosas inánimes; un organismo vivo del que se están desprendiendo constantemente enseñanzas para el hombre de la calle y desde luego para el estudioso, haciendo así palpable la historia de México a través del tiempo y del espacio, porque cada objeto no se ha presentado tan sólo como factor de época social e histórico, y teniendo siempre en cuenta que la misión de los museos no es únicamente divertir sino principalmente educar.

Como se nota, en aquellos momentos se privilegiaba más a las piezas que a la explicación histórica; la museografía se concebía de manera similar a su técnica gemela, la escenografía. Se llegó incluso al extremo que hoy parece abusivo: el boliche del Alcázar se habilitó de manera teatral como el “Salón del Trono”, en el que la figura principal era, de manera paradójica, la silla presidencial de Benito Juárez sin ocultar sus emblemas liberales ni republicanos.

La importancia del diseño en el museo es que contribuye a que el espacio museográfico pueda ser más eficaz. El diseño gráfico en particular, dada la concepción de los materiales visuales, debe hacerse de manera más racional, planificada. El diseño, por su naturaleza, por el campo que abarca, debe abocarse a esos aspectos: a una producción de materiales visuales planeada de antemano, teniendo en cuenta las necesidades, las posibilidades reales de producir, y buscando, sobre todo, un equilibrio entre lo que el investigador concibió, lo que el museógrafo tiene planeado, para presentar las colecciones y la información al público.

Otro ejemplo es el baño de Carlota, una museografía que hoy se mantiene y en la que se exhibe una tina de mármol regalada por el gobernador veracruzano Dehesa en la primera década del siglo xx —esto es, casi 40 años después de la salida de la emperatriz del Castillo—, copia mexicana del gusto imperial romántico. El resultado es obvio: no el gusto dominante europeo del mediodía del siglo xix, sino la imagen de la aristocracia que nació de la fantasía liberal.

La museografía como escenario de gran teatro fue eficaz por un par de décadas. En los comienzos de la década de 1970 se atendió más a la pedagogía, que informaba de acontecimientos del pasado y menos a los objetos en sí mismos, acomodados a manera de vaga ilustración anexa, cuya microhistoria implícita debía derivar de la explicación de su contexto.

Entonces se recomodaron tópicos y piezas portadoras de discursos. Así, entre las décadas de 1970 y 1990 la carga valorativa se dirigió más a cubrir las preocupaciones de las corrientes modernas de la historiografía académica con vocabularios de la hora —impuestos por los patrones internacionales: franceses e ingleses, sobre todo—, que a cubrir las tareas esenciales de crear y reproducir un “espíritu nacional” a la manera unívoca de la primera mitad del siglo.

Es verdad que se ganó en la actualización del discurso y en la proyección de una historia nacional menos parroquial, pero en cambio se perdió en las posibilidades de lectura de la imagen y en la aceptación del museo como instrumento de aprendizaje distinto, complementario de los libros. Es posible afirmar que el empobrecimiento general del país se reflejó en la depreciación del museo.

A pesar de los esfuerzos de los que trabajaron en sus instalaciones y de la intención institucional de descentralizar conocimientos y colecciones, no prosperó el proyecto de adquisición de piezas históricas —propuesto por otro de los directores del museo, Miguel Ángel Fernández—, y junto con el deterioro arquitectónico por la contaminación y por el uso —casi un millón de visitantes entran al Castillo de Chapultepec cada año—, el Museo Nacional de Historia era sólo la sombra de un viejo esquema.

En no pocas ocasiones, en el último tramo del siglo, el museo sustituyó el acercamiento a las bibliotecas. Esta desnaturalización alejó al recinto y a su discurso de su propósito

original: el de ser un elemento educativo aparejado, no sustituto, de los salones de clase y los programas de estudios. El signo cambió y reflejó la palidez del proyecto de nación que animó la fundación del INAH y al Museo Nacional de Historia.

Con todo, esos 20 años no dejaron de ser productivos, a pesar de las carencias presupuestales y de la incuria que orillaba, como tendencia que no ha sido detenida, a los caminos de la cultura como razón de Estado. Se debatió la regionalización de los sucesos para mostrarlos en forma museográfica, ya no sólo en el Castillo de Chapultepec o los museos nacionales en la ciudad de México, espacios que centralizaban las colecciones, el conocimiento y la difusión del discurso homogéneo del pasado patrio.

Los museos regionales buscaron ensayar —con fortuna dispar— los modos de la microhistoria, que relacionaba de modo más literario que visual las anécdotas lugareñas con los sucesos políticos y sociales que trascendieron a la mayor parte de la geografía nacional. Se pasó de la explicación de la efeméride, característica de las viejas corrientes historiográficas derivadas del positivismo, a la exposición de las relaciones entre los hombres, las sociedades y los acontecimientos.

La escritura de la historia dejó de ser la simple relación causal de los acontecimientos para hacer del pasado un inteligible entramado de procesos paralelos, yuxtapuestos, articulados por momentos. Una historiografía hecha de objetos y explicaciones, armada no para eruditos, sino con un horizonte amplio de lecturas diversas. Quizá no por casualidad esto coincidió con la necesidad museística de generar más textos para cédulas, la multiplicación de los museos de historia en otros puntos del país y con la limitación —hoy gravosa— de no acrecentar las colecciones ni imaginar los criterios de adquisición de los objetos para la futura memoria mexicana.

En el amanecer del siglo xxi se discutió sobre las razones y utilidad de los museos de historia. Se cuestionaba sobre su posibilidad razonable en los tiempos de globalización, cuando se deseaba cambiar el orgullo de la pertenencia a una sociedad y a un pasado singular por una estereotipación del modelo económico y social estadounidense.

No se trataba del debate que alguna vez Edmundo O’Gorman definió de manera extrema como el “trauma de nuestra historia”, el de la modernización obstaculizada por

las maneras tradicionales de ser. El problema estribó en la pérdida del rostro propio, no de su evolución hacia el reconocimiento de la pluralidad cultural y étnica ni hacia la conciencia de una historia que no ha sido clausurada.

EL MUSEO EN EL SIGLO XXI

Para concluir, ensayo una reflexión general que ubica al MNH y sus historiografías futuras de cara a su propia realidad. El museo es ante todo la objetivación de un anhelo, el del dibujo de los rasgos propios. Sus espacios, podemos creer, pretenden la sucinta descripción del mundo; ahí se juega con el tiempo; en el manejo imaginativo de sus superficies y volúmenes el pasado se hace presente y se lee con mirada contemporánea.

En los recovecos del museo se descubre el motor de aquel asombroso anhelo: nace del deseo de recordar, crece y vive de la imaginación, es reflejo de la sociedad que lo produjo o, mejor, de su necesidad de refrescar la memoria. El museo participa del destino de los hombres que lo inventan y lo leen; guarda los diarios ocultos de los coleccionistas y de los historiadores, traduce los códigos cifrados de personajes memorables por medio de los objetos que lo sirvieron, eligió y atesoró.

Asimismo el museo documenta sucesos dignos de permanecer y difunde, con la lectura de las cosas en clave historiográfica, hechos, modos, gestos, costumbres, utilidades, cánones estéticos, gustos y habilidades de sociedades pasadas, así como de las secretas pulsiones de sus individuos.

Hoy no sabemos cómo se nos recordará, cuál será la prosa de las imágenes que nos describirá en los museos de historia, pero tampoco hemos dado el primer paso para mantener la memoria del siglo xx. No hemos comenzado con nuestro propio museo. En cambio, sí podemos llamar la atención sobre la ausencia: es inconcebible un museo sin objetos, vacío, y tampoco es verosímil sin discurso. Se debe comenzar por describir los criterios coleccionistas; no pueden ser los mismos que movieron al coleccionismo patriótico y social selectivo que alimentó a los museos decimonónicos y que dieron pie a la historiografía museística de los últimos 70 años. Mucho se ha desmontado ya de la dura “historia patria” y del nacionalismo que movió las políticas educativas cardenistas.

Otros actores han entrado a escena historiográfica y se debe ponderar el modo en que se les plasme en los museos, sin caer en excesos de romanticismo, hiperrealismo o falta de creatividad. Las voces de una sociedad plural, no escuchadas antes del siglo xx, deberán atestiguar su paso por la historia; lo mismo que las tecnologías que achicaron las distancias del mundo deberán establecer los rostros de las colecciones y son la impronta de nuestras generaciones.

El discurso historiográfico que nos perfile no podrá estar marcado, como en los museos que heredamos y aún construimos, por los tiempos de los acontecimientos trascendentes o las coyunturas, sino por los largos plazos y sus botas de siete leguas, pero también por esos ritmos propios del humano: los de las rutinas y las reiteraciones, de la vida cotidiana y los ámbitos privados. Sin duda los acontecimientos también abrirán su compás para ir más allá de los sucesos políticos y dar lugar a mentalidades, costumbres, conductas sociales. No es necesario un coleccionismo de todo lo existente. Sería absurdo. El museo es síntesis del mundo, no su copia inverosímil y exacta —como aquel desmesurado museo del arte de la cartografía imaginado con rigor por Jorge Luis Borges en una fantástica provincia china—, pues una forma del vacío puede nacer de la prolijidad.

En alguna de sus notas de viaje el escritor italiano Leonardo Sciascia refirió con cierta amargura su visita a dos museos madrileños en la década de 1980 y prefiguró uno de los desafíos de los museos del siglo xxi. No fue la ausencia de cosas en exhibición lo que reflejó su desasosiego, sino su posible desmesurada cantidad. Escribió: “Las imágenes me resultan cada vez más fatigosas. Llega un momento en que me producen confusión, acabo no viéndolas”. Luego de aceptar que de la exposición no queda más que el catálogo alusivo, Sciascia hizo una reflexión inquietante: “Es difícil lograr precisar sensaciones o retazos de pensamientos tan vagos y temporáneos y es vano perseguirlos en el momento, intentar detenerlos. Es necesario el tiempo de la decantación, de la cristalización”. El escritor, como todos los visitantes de museos y galerías del mundo en cualquier época, atendió a lo que tenía frente a sus ojos: el arduo trabajo interno de museógrafos, curadores e investigadores escapó a su mirada.

ALEJANDRO VILLALOBOS PÉREZ, ARQUITECTO-RESTAURADOR

La importancia de la conservación en el Castillo de Chapultepec es fundamental [...] Un edificio como el Castillo de Chapultepec, creo yo, es uno de los hitos más importantes de la ciudad por su topografía, por su ubicación específica [...] Es prioritario conservarlo porque es parte del escenario cotidiano, por el contenido histórico de los acontecimientos que han sucedido en estos espacios y, lo más importante, por la carga del mensaje que tiene el propio edificio, independientemente de su contenido [...] El edificio debe ser conservado porque es ya legible, ya asumido por la sociedad como un espacio de la comunidad, y definitivamente porque es mensajero de testimonios, hechos, acontecimientos, y protagonista del devenir histórico de la propia ciudad y, extensivamente, del país. Pocos monumentos como el Castillo, creo yo, tienen esa carga emocional, sin caer en nacionalismos, chovinismos y esas cosas. El Castillo tiene esa carga, esa energía de transmisión de mensajes.

Ante los objetos expuestos, la agudeza de Sciascia no notó nada que se supusiera ausente. De hecho, en este caso fue la presencia masiva de objetos la que saturó su memoria visual y creó vacíos en la comprensión inmediata. En lo que toca a la museografía, técnica comunicativa en constante evolución, habrá que experimentar con tecnologías atentas a las necesidades del público visitante.

En este territorio museográfico quizá la fuerza del museo que prefiguramos deba dirigirse a registrar la realidad, no a reproducirla —a manera de los excesivos museos hiperrealistas que florecieron apenas un par de décadas atrás—; mostrar la realidad como debió ser, sin paradojas rituales que la aligeren, bella pero también dolorosa, como la condición humana.

Frente a nosotros tenemos un cuento de nunca acabar: el de explicar sin que las corrientes de la historia que fluyen de manera desordenada nos detengan. La historiografía, y creo yo que es su virtud principal, es una zona de orden, filtro seleccionador de acontecimientos, episodios dispersos, procesos y fenómenos. Y uno de los espacios de ese orden son los museos, que ensayan estrategias narrativas que van, por generaciones, desde la elevación de los espíritus heroicos hasta la descripción fría de hechos, números y efemérides.

También ensayan los análisis de procesos y el papel de las voluntades colectivas e individuales a lo largo del tiempo. Los criterios de los historiadores responsables del discurso historiográfico revelan además sus posturas personales ante la vida, la historia y la profesión. Es posible distinguir aquellos que piensan en la historia como maestra de la vida —y su carga ética— hasta los que dan a la contingencia el mismo peso que a la causalidad. Se ha viajado, en el ánimo de los museos, desde la Historia con mayúscula hasta las historias relacionadas y comparativas.

Asimismo, hoy el papel de la museografía como técnica de exposición al servicio de la divulgación se orienta hacia la dignidad de las piezas seleccionadas y hacia la levedad de la descripción. En el amanecer del siglo **xxi** el Museo Nacional de Historia busca no apartarse de su sentido primigenio marcado por los principios fundadores de 1939 a 1944: el de explicar con orden las correspondencias y relaciones entre los hechos sobresalientes del pasado mexicano, con fines educativos.

El museo es caja de resonancia de la complejidad humana, no copia de la realidad, sino una síntesis verosímil y mutable, apegado en lo posible, con los apoyos tecnológicos y lenguajes que cada generación hace inteligibles, al concepto de verdad como categoría teórica, no como categoría moral ❖

* Director del Museo Nacional de Historia, INAH

Bibliografía

Fernández, Miguel Ángel, *Historia de los museos de México*, México, Promotora de Comercialización Directa/Banamex, 1988.



Sala del Museo Nacional de Historia, 2010 **Fotografía** © Gliserio Castañeda, CNME-INAH



Páginas 20-21 Vista del Castillo de Chapultepec, sede del Museo Nacional de Historia, 2010 Fotografía © Gliserio Castañeda, CNME-INAH



